

JORGE URDÁNOZ GANUZA

# Razones segadas

Apuntes sobre lo jurídico,  
lo social y lo moral



Ilustración de cubierta:  
BRIAN GRIFFIN: *A Broken Frame*

© Jorge Urdánoz Ganuza, 2016  
© Pamiela para la presente edición  
Diseño y fotocomposición: Lamia-Pamiela

**Pamiela.** Polígono Ezkabarte, calle K, 31  
31194 Arre (Navarra)

Tel.: 948 326535  
arre@pamiela.com  
www.pamiela.com

D.L.: Na-865/2016  
ISBN: 978-84-7681-944-9

Impreso en Navarra por Rodona  
Polígono Agustinos/Soltxate  
Calle F, Nave B6. 31013 Pamplona-Iruña

*Printed in Navarre*

*A Álvaro, que sigue conmoviéndose con las injusticias*



## INTRODUCCIÓN

### Las dos censuras de Orwell

George Orwell escribió un prólogo a *Rebelión en la Granja* que jamás vio publicado en vida. Lo encontraron casi treinta años después de su muerte y, si el mundo tuviera más sentido del que tiene, debería ser lectura obligada en todas las facultades de periodismo, a razón de una vez por curso. Se titula precisamente «La libertad de prensa», y a él pertenece la célebre cita según la cual «si la libertad significa algo, es el derecho de decirles a los demás lo que no quieren oír». Orwell lo redactó después de que cuatro editores rechazaran su novela, pero ni siquiera ese amargo contexto hizo mella en su deslumbrante honestidad intelectual. El tema de sus apenas diez páginas es la censura, de la que distingue dos clases. Una, la proveniente de los grupos de presión; otra, la autoimpuesta. La segunda, afirma, es la más peligrosa. Este conjunto de artículos que presento aquí tiene algo que ver con ambas.

Tiene que ver, en primer lugar, con la más sencilla de las dos, la desnuda y explícita que imponen determinados grupos de poder. En mi caso concreto, de los 60 artículos que he enviado durante los últimos dieciocho años al *Diario de Navarra*, 23 nunca llegaron a ver la luz. Esos artículos *segados* delimitan el espacio de aquello que, a juicio del *Diario*, no merece ser dicho ni leído por los ciudadanos navarros. El espacio del silencio.

Por descontado, y aunque esa expresión me ha parecido siempre de lo más sospechosa, el *Diario de Navarra* tiene *todo el derecho del mundo* a decidir qué publica y qué no. Es un medio privado y establece libremente su línea editorial. Nadie discute eso. Lo que persigo aquí no es denunciar que el *Diario de Navarra* tenga una determinada orientación, sino más bien iluminar a las claras qué tipo de orientación es esa y extraer algunas conclusiones al respecto. Y, en ese sentido, mi caso puede considerarse revelador, puesto que los artículos que el

*Diario* censuró a los navarros fueron publicados sin el más mínimo problema en el País Vasco por *El Correo*, un medio perteneciente al Grupo Vocento, y en consecuencia clasificado habitualmente como «conservador».

Esa contraposición objetiva e indiscutible con la actitud de otro medio como *El Correo* —que es la actitud propia de una sociedad abierta— queda magistralmente revelada en el último de los artículos *segados* y en el proceder de Inés Artajo, la actual directora del *Diario*, al respecto. La sucesión de acontecimientos fue la que sigue: en febrero de 2015 tanto *El Correo* como el *Diario* publicaron un artículo de Javier Tajadura sobre Podemos. Se trataba de un texto muy duro, y a mi juicio injusto, que se hacía eco de una tesis que por aquel entonces habían mantenido ciertos intelectuales en *El País*, según la cual Podemos es un movimiento *totalitario* (así, con todas las letras). Yo, que como Tajadura colaboraba con ambos periódicos, envié un artículo en respuesta tanto a *El Correo* como al *Diario*.

*El Correo* publicó mi réplica al día siguiente. El *Diario*... nunca. Cansado de tanta *siega*, envié un *mail* a Artajo (a través de Luis Castiella, el jefe de Opinión), que corto-pego aquí:

«Hola Luis. Enlazo también a Inés, la directora del periódico, porque quiero certificar si esta es vuestra política editorial como periódico.

Javier Tajadura publicó un artículo en *El Correo* y en el *Diario de Navarra*. En él criticaba a Podemos.

Yo escribí otro artículo en respuesta, defendiendo a Podemos de esas críticas. Lo mandé a *El Correo* y lo publicaron al día siguiente.

Javier Tajadura y yo —que no nos conocemos— hablamos por *mail* ese mismo día. Me agradeció la réplica —por el tono y la forma—, y me dijo lo que sigue: “También es un placer y un honor debatir contigo. Sobre todo porque no es habitual en un país en que el insulto sustituye al argumento, y este la mayoría de las veces es *ad hominem*”. Hemos quedado en conocernos y tomar un café cuando podamos.

*El Correo* y Tajadura coinciden en algo: dialogan. La discrepancia no solo no se elimina, sino que se agradece. Tratan a sus lectores como mayores de edad que saben formarse una opinión de modo autónomo. No les hurtan la capacidad de pensar por sí mismos.

Frente a eso, cuando envió mi réplica a *Diario de Navarra*, decidís NO PUBLICARLA y dejar a vuestros lectores solo con un punto de vista. Les hurtáis a vuestros lectores un segundo punto de vista y la capacidad de formarse su propia opinión.

Tenéis todo el derecho, eso no lo discuto. Es vuestro periódico. Solo quiero cerciorarme de que ésa es vuestra decisión, que la asumís, y que es así como reflejáis la pluralidad Navarra.

Mil gracias a los dos y un cordial saludo».

Todavía espero una respuesta.

El asunto, con todo, no acabó ahí. Tajadura respondió –sin citarme– a mis críticas. Su segundo artículo era más suave, y en él, creo, venía a concederme ciertas cosas. *El Correo*, lógicamente, publicó su respuesta, por lo que los lectores de ese medio pudieron leer un debate: Tajadura, réplica de Urdánoz y respuesta de Tajadura a la réplica. Pues bien, el *Diario de Navarra* publicó también este segundo artículo de Tajadura, pero, claro, como el mío lo había censurado, lo que los lectores navarros pudieron leer no fue un debate sino una extraña cabriola: Tajadura y Tajadura matizándose a sí mismo.

Como este episodio revela, y como no puede ser de otra manera, la frontera que el *Diario* levanta entre aquello sobre lo que puede hablarse y aquello que se expulsa del debate es nítidamente ideológica. Solo hay que ojear, en el índice de este libro, los títulos de los artículos censurados a lo largo de estos dieciocho años para adivinar de inmediato qué mentalidad establece el corte y qué tipo de razones son las que esa mentalidad quiere segar. Hay una impronta ideológica evidente.

Algo que choca frontalmente con las declaraciones de Inés Artajo cuando, en 2006 y recién nombrada directora, aseguraba que:

«Los lectores de periódicos son personas formadas y analíticas que tienen pensamiento propio y que no quieren que se les imponga una determinada forma de pensar, ni que se les adoctrine. Agradecen y reclaman, en cambio, que se les aporte elementos de reflexión para que, al final, sean ellos mismos los que elaboren su propia opinión. Y por eso se introducen nuevas firmas, nuevos registros, nuevas visiones

que intentan retratar las formas de pensar mayoritarias que conviven en nuestra sociedad».

Desde mi experiencia, eso está lejos de ser cierto. Lo que el *Diario* hace es adoctrinar, impedir que a los lectores les lleguen las opiniones que a ellos no les parecen convenientes y, lejos de buscar voces nuevas, silencian las que ya tienen cuando no dicen lo que a ellos les parece que se ha de decir.

Todo lo cual es, desde cierto punto de vista, considerablemente trivial. El *Diario de Navarra* ha tenido siempre una línea editorial muy marcada y no vamos a descubrir ahora ningún Mediterráneo. La recopilación de artículos que presento aquí, y en especial esos textos segados que ven la luz por primera vez, puede tener la virtud de certificar por encima de las declaraciones del propio *Diario*, cuál es su verdadera política con respecto a lo que los navarros deben leer y, por lo tanto, pensar. Una política que está a la derecha del Grupo Vocento. De acuerdo... pero volvamos a Orwell.

Porque a Orwell le preocupaba mucho más la otra clase de censura, la segunda. No aquella con la que nos ahorman desde fuera, y de la que por tanto somos al menos conscientes, sino la que nosotros mismos nos imponemos de modo natural e involuntario. Una censura, la realmente peligrosa, en cuyo origen encontramos siempre un mismo proceso:

«En un momento dado se crea una ortodoxia, una serie de ideas que son asumidas por las personas bienpensantes y aceptadas sin discusión alguna. No es que se prohíba concretamente decir “esto” o “aquello”, es que “no está bien” decir ciertas cosas, del mismo modo que en la época victoriana no se aludía a los pantalones en presencia de una señorita. Y cualquiera que ose desafiar aquella ortodoxia se encontrará silenciado con sorprendente eficacia».

Solo hay una manera de generar una ortodoxia así: monopolizar la información. Y conviene advertir que lo opuesto a «monopolio» no es ni *verdad*, ni *objetividad*, ni *neutralidad*, ni *imparcialidad*, ni ninguna de las virtudes con las que a sí mismos se adornan de continuo



los medios de comunicación. Lo opuesto a monopolio –aunque los diccionarios, sorprendentemente, no lo recojan– es *pluralidad*. *Lo uno* no se opone a *lo otro*, sino a *los muchos*. En esa intuición descansa el concepto moderno de tolerancia, cuyo origen es eminentemente religioso. Solo en un universo *monoteísta* puede concebirse la idea misma de *herejía*. Por eso para acabar con ella hacen falta muchos dioses.

Y por eso la pluralidad no puede ser, por definición, atributo de ningún medio. Lo que con mis artículos ha hecho el *Diario de Navarra* lo hacen todos los medios con otros artículos y con otros autores. Es ineludible: *no pueden no hacerlo*. Un medio de comunicación plural, perfectamente plural, es una *contradictio in terminis*, un oxímoron, una entelequia. Solo un espejo infinito colocado sobre la realidad infinita podría mediar entre ella y nosotros. Y, en cuanto que irreparablemente finitos, los medios han de escoger, han de elegir, han de filtrar. Han de segar, por tanto, la pluralidad. Y la voluntad que acaudilla esa siega solo puede ser ideológica. No cabe otra opción.

Por descontado, la ideología de cada medio, el arbitrio que gobierna el corte, admite variaciones inmensas. Los ideales regulativos pueden ir desde el *Sapere aude* de la Ilustración hasta el *Vivan las caenas* del integrista tradicionalista. El que a día de hoy impera en el *Diario* queda reflejado aquí, y no hará falta insistir en ello. Otros medios reflejarán también la pluralidad navarra, pero lo harán con otro sesgo. La pluralidad, como ideal acabado, no la puede abanderar ningún medio en solitario. Es al contrario: una sociedad pluralista lo es tan solo cuando en su seno conviven varios medios. Lo plural es la sociedad, no sus partes.

Y lo mismo ocurre con los lectores. Un lector plural no lo será porque lea un periódico (que él estima) *plural*, sino, al contrario, porque sabe que no existe tal cosa y por tanto procura leer varios. Del mismo modo que las sociedades pluralistas son aquellas en las que conviven multitud de medios –y no solo uno que emite la verdad revelada– los lectores plurales son los que leen una pluralidad de medios, y no tan solo uno que refleja fielmente la realidad. Somos los lectores, no los medios, los que tenemos que ser plurales.

Para Orwell la censura verdaderamente peligrosa habitaba en nosotros, no fuera. Era un reflejo de nuestras propias creencias, no una imposición de tiranuelos externos. Y, aunque no podamos librarnos de nuestras creencias, sí podemos transformarlas. Constituye, en cierto sentido, nuestra obligación con la verdad y, por tanto, con el mundo. Desde Sócrates hasta Orwell, la receta siempre ha sido la misma: escuchar la voz de todos, no silenciar la de nadie y avanzar con las escasas certezas que vayamos alumbrando. En su caso...

## Nota previa

Los artículos no se presentan en orden temporal, sino temático. Por ello, incluyo al final del libro un segundo índice cronológico. A partir de 2006 otros medios de comunicación de tirada y prestigio considerablemente mayor comenzaron a publicarme: *El País*, *El Correo*, *El Diario.es*, *Info-Libre*, etc. Ninguno de ellos me ha vetado nunca un artículo, lo que no quiere decir que no lo vayan a hacer en el futuro. Si, por lo que sea, quieren seguirme, lo único seguro es mi blog: *www.20destellos.com*.

Algunos artículos llevan una pequeña introducción en la que describo el contexto en el que se publicaron (o, en su caso, el contexto en el que *no* se publicaron). En los casos en los que respondo a un artículo de otra persona, he colgado o intentado colgar en mi blog esos artículos a los que respondo.

Leí u oí decir a alguien alguna vez –creo que a Savater, pero no estoy seguro– que suscribía todo lo dicho en sus escritos siempre que la fecha en la que fueron redactados apareciera bien clara. Lo suscribo al cien por cien.



**ELLOS SON NOSOTROS**



## O nacionalismo o humanismo

*(27 de diciembre de 2005)*

El nacionalismo al que me refiero no es, vaya por delante, el nacionalismo como programa político (el esgrimido, por ejemplo, por partidos como el PNV o ERC), sino aquel que todos, por el mero hecho de ser humanos, compartimos. Al natural e inevitable, si quieren. Porque «nación» viene de «nacer», y todos hemos nacido en alguna comunidad. Y por ello todos somos más o menos nacionalistas. Excepto, por decirlo con Aristóteles, las bestias y los dioses, claro, pero entiendo que no es el caso de nadie.

Ese tipo de nacionalismo explica que, cuando ocurre una catástrofe en un país extranjero, nos preocupemos de averiguar si ha resultado herido, muerto o desaparecido alguien «de los nuestros» (y aquí cada uno que ponga lo que le plazca, yo, provisionalmente, voy a poner España). Lo cual, bien pensado, resulta bastante ilógico. Tenemos la misma relación con los españoles desaparecidos en un terremoto en Cancún que con los mejicanos, alemanes, sirios y japoneses igualmente desaparecidos en el mismo terremoto: ninguna. Y sin embargo, nos preocupamos más por ellos que por los otros.

Tal nacionalismo prefigura de manera inconsciente todas nuestras valoraciones políticas. Antes de ser de izquierdas o de derechas, antes de ser uno republicano o monárquico, antes de cualquier opción política, se da por hecho que existe un conjunto de personas, la nación («los nuestros»), en la cual tales opciones cobran sentido. Así que sí: todos somos más o menos nacionalistas, me temo. Quien crea no serlo que tire la primera piedra.

Y, con todo, quizás determinadas personas pudieran lanzar legítimamente esa piedra. Porque existen ya desde hace tiempo valores políticos y movimientos sociales que rebasan con su actitud el actual estado de cosas; hombres y mujeres que han iniciado la inaplazable tarea de superar el nacionalismo, esa barrera invisible que siempre, hasta ahora, lo ha embadurnado todo. Son, sobre todo, las diferentes

ONG y grupos afines, y no es casualidad que buena parte de ellas se presenten en público con apellidos como «Sin Fronteras», o «del Mundo» o «Internacional». No esgrimen su pertenencia a ninguna nación. Mejor aún: han decidido que su nación es la humanidad en su conjunto, y no alguno de sus grupos. Su emblema podría ser la cita de Paine: «Mi patria es el mundo; mi religión, hacer el bien».

Existen, desde luego, precedentes ilustres para tales humanistas: el cosmopolitismo estoico (todos somos ciudadanos del mundo), el universalismo cristiano (todos somos hijos de Dios), el internacionalismo de izquierdas (los obreros no tienen patria). Frente al nacionalismo, que establece siempre un ellos/nosotros que prefigura cualquier análisis, cualquier valoración, cualquier política, ellos anteponen un humanismo que engloba a todos los hombres, sin excepción, por el mero hecho de serlo.

Tomemos, por ejemplo, la inmigración. Los discursos nacionalistas parten siempre de una división previa entre nosotros (los españoles) y ellos (los inmigrantes). Tal división es tan natural, tan obvia, que no nos percatamos ni de su existencia ni de sus implicaciones. Y sus implicaciones son, sencillamente, deshumanizadoras: todo ocurre como si los únicos sujetos dignos de atención fuéramos nosotros. Lo único importante que se ha de dilucidar es, por lo visto, si su llegada nos beneficia o nos perjudica. Los protagonistas somos nosotros, ellos no importan, no existen como sujetos.

Muy al contrario, el discurso humanista no encuentra sentido a esa distinción: ellos son, también, nosotros. Sufren igual, tienen las mismas necesidades, nos une una misma condición (una condición que es humana y no nacional). Por ello, mientras el nacionalista solo vislumbra a los suyos y a su gente, el humanista no distinguirá entre unos seres humanos y otros y se pondrá del lado de los más desfavorecidos, de los que más sufren. Y en la lucha contra el sufrimiento y la injusticia no entenderá nunca de fronteras nacionales.

¿Utópico, dicen? Sí, supongo. Pero es que lo cómodo es, desde luego, el nacionalismo. Ya he dicho que 'nación' viene de 'nacer'. Es lo que nos ata a la «naturaleza», lo «natural», lo innato, lo que está



establecido así. Por eso los discursos más enfermizamente nacionalistas, los que lejos de intentar superar la nación y sus males hacen del asunto nada menos que una bandera política, nos venden como un valor una perfecta estupidez como la identidad. Es decir: precisamente lo que ya somos.

En las antípodas de tal actitud, el humanismo y su constante interpelación no a lo que somos sino a lo que podemos hacer es algo incómodo, antinatural: supone actuar, no ser. No vende algo con lo que hemos nacido, como la identidad (que ya se tiene y que hay que mantener), sino algo que no está en la naturaleza, que todavía no existe: una aspiración (que se desea y que hay que lograr). Es, desde luego, mucho más difícil y, en consecuencia, tiene muchos menos adeptos. El nacionalismo es natural y fácil, el humanismo extraño y exigente, muy exigente.

Así que mucho me temo que, si creíamos no ser nacionalistas, ahí tenemos, sin ir más lejos, las vallas de Ceuta y Melilla demostrándonos que de ese mal es difícil escapar. Y como esas vallas, otras mil, de diferentes naturalezas (económicas, jurídicas, laborales, etc...) que dividen el mundo en grupos y que imponen la pertenencia a uno de ellos como inevitable y nos hacen olvidar la humanidad que a todos nos define. Por ello, quizás el primer paso hacia el humanismo consista en reconocernos, en mayor o menor medida, reos de nacionalismo.